

12



CUARTO MENGUANTE.

Juguete en un acto y en verso por D. Joaquín Asensio de Alcántara, representado en el teatro del Circo, en el mes de febrero de 1860.

Al apreciable actor D. Antonio Capo, su amigo.—El autor.

PERSONAS.
ACTORES.
INES...... Sras. Tenorio.
BONIFACIA..... Fenoquío.
ROSA..... Serrano.
DON NICOMEDES..... Sres. Capo.
ARISTIDES..... Casañer.

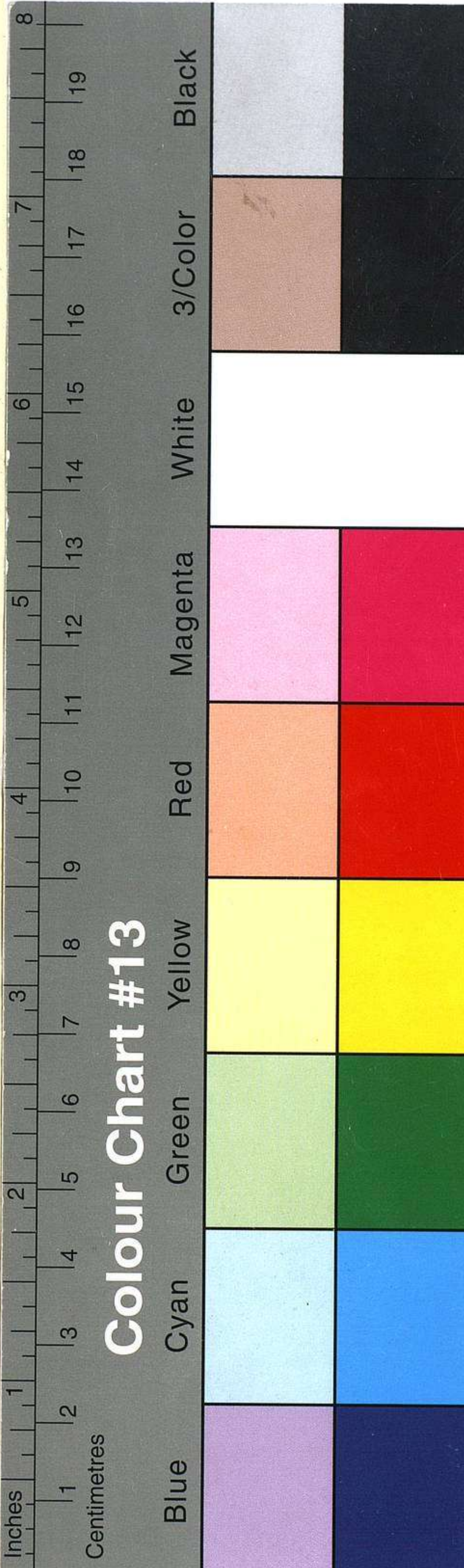
La acción es contemporánea.
Una sala amueblada con elegante sencillez. Puertas laterales y al fondo. A la derecha un balcon y una ventana.

ESCENA PRIMERA.

INES y ARISTIDES sentados.

ARIS. Con que recuerdas, Inés, el día de nuestra boda?
INES. No podré olvidarlo en toda mi vida... Y tú?...
ARIS. Jamás!
INES. Es para la amante doncella el día mas venturoso, si desde entonces su esposo se consagra solo á ella. Tú, Aristides mio, has sido, por eso amante es mi anhelo siempre, un marido modelo, lo que ha de ser un marido.
ARIS. Cesa ya, que me sofocas; si he cumplido mi deber, gracias doy... á mi muger, que es amable como pocas. La vida será un insomnio dulce, para quien consiga tal dicha. El que no, maldiga en buen hora el matrimonio. Desde nuestra estrecha union somos nosotros felices.
INES. Tú el matrimonio bendices con muchísima razon.
ARIS. Quién en la flor de su edad tenga á su lado una amiga como yo, Inés, que bendiga

tan grande felicidad. Ser tu esposo fué mi anhelo, y cuando lo conseguí, para mi ventura vi... el cielo, querida, el cielo; pues cuando loco de amor brotan de mi pecho enojos, veo, al contemplar tus ojos, de los cielos la color.
INES. Enojos te dan, lo sé, mis celos y desespero...
ARIS. Por qué, Inés?
INES. Porque te quiero; porque siempre te querré. Ves? Ahora en mi corazon siento... (notando que Aristides mira al balcon.)
ARIS. Qué!
INES. Antojos serán, pero aqui tengo un volcan si te acercas al balcon.
ARIS. Qué tontería! Me rio...
INES. De verás?
ARIS. Y tan de veras.
INES. Dime con franqueza; esperas á alguien, esposo mio? Si lo supiera...
ARIS. Sosiega; desecha tales temores.
INES. Ay, Aristides! No ignores que tu esposa vé.
ARIS. Estás ciega.
INES. Yo no sé como resisto tanto ultrage!
ARIS. Cesa ya.
INES. Eso es decirme, que ha pasado lo que no he visto! Tú estarias satisfecho al ver que no sospechaba!...
ARIS. De quién sospechas? Acaba.
INES. De todo el mundo sospecho.
ARIS. Cesa ya, por compasion. Los vecinos qué dirán! (se dirige al balcon.)
INES. Tengo en mi pecho un volcan si no te vas del balcon.



ARIS. Oh!
 INES. Renuncia á tu deseo.
 ARIS. Mas...
 INES. No niegues, que es en vano.
 ARIS. Pero, Inés...
 INES. Dame tu mano.
 ARIS. Tómalala.
 INES. (Qué es lo que veo!)
 ARIS. De tal modo me complaces,
 que henchido de gozo salta
 mi corazón.
 INES. (Oh! Le falta
 el anillo!)
 ARIS. Hacer las paces
 es la delicia mayor
 para el hombre que te adora,
 Inés mia.
 INES. A qué... señora
 diste mi anillo, traidor!
 ARIS. Ay, Dios mio!
 INES. Te perdono
 si es bella la que ha logrado...
 ARIS. He aquí el ser mas desdichado
 del siglo décimo nono.
 INES. El corazón no me engaña!
 Ya yo temia el peligro
 que me amenazaba!
 ARIS. (Emigro...
 Si sigo así, dejo á España.)
 INES. Creo me asiste el derecho...
 ARIS. De qué, señora, de qué?
 INES. De preguntarle yo á usted
 qué es de mi anillo... Qué ha hecho
 de él!
 ARIS. Con amabilidad
 contestará su mas fiel
 amator, sin dejar el...
 lenguaje de la verdad.
 INES. Titubeas?
 ARIS. No, á fé mia;
 pongo por testigo al cielo.
 A casa me dirigia,
 cuando noté que el pañuelo
 me estaba robando un pillo...
 Se lo arrebaté al ladron, (sin tiubear.)
 le di un fuerte bofetón,
 y entonces perdi el anillo.
 INES. Bien has urdido el enredo...
 has mentido á tu placer.
 Cuándo pasó el lance?
 ARIS. Ayer,
 en la calle de Toledo.
 INES. Pruebas, pruebas necesito (gritando.)
 para dar fé á lo que dices.
 ARIS. Pero, Inés, no escandalices.
 INES. En el cielo pondré el grito.
 ARIS. Tus gritos no son precisos,
 y á tus desmanes renuncio.
 Vas á leer el anuncio
 en el Diario de avisos.
 INES. Qué anuncio!
 ARIS. Cuál ha de ser?
 Esto lo que dije apoya.
 (tomando el periódico que estará sobre la mesa.)
 Al perder la rica joya,
 testigo de tu querer
 algun dia, necesario
 comprendi que era insertar
 al punto, sin vacilar,

el anuncio en el Diario,
 y aquí lo tienes, muger;
 mira y sosiégate, mira.
 INES. Quitá! Me ciega la ira
 y no podría leer.
 ARIS. Desvanézcase esa nube
 y sonrie como antes.
 (acercándose á ella con dulzura.)
 Cuando éramos amantes
 tú me decias: querube,
 paloma, casta azucena,
 del perfumado jardín
 de mis pensamientos, llena
 de amor; ángel, serafín,
 y otras cosas que al olvido
 has sabido dar despues,
 por qué no quieres, Inés,
 como antes á tu marido?
 Pasó la luna de miel
 que tanto bien ofrecia,
 y la que me enloquecia
 con sus caricias...
 INES. (Cruel!)
 ARIS. Infeliz del que se casa
 olvidando, de amor loco,
 que la dicha dura poco!
 INES. Todo pasa! Todo pasa!
 ARIS. Si mi ventura desees,
 Inés querida, si eres
 la de antes...
 INES. Di, qué quieres?
 ARIS. Que leas, muger, que leas.
 INES. Déjalo, no es necesario.
 ARIS. Que me complazcas espero.
 INES. Si quieres ser embustero
 pon por testigo al Diario.
 ARIS. Pues entonces...
 INES. Comprender,
 Aristides, no podrás,
 que con tu conducta has
 muerto á esta pobre muger.
 ARIS. Si es cierto que te sosiegas,
 Inés, que leas te ruego...
 Me lo niegas?
 INES. Si; lo niego.
 ARIS. Lo primero que me niegas.
 Ya diste conmigo al traste
 pues tal desprecio merezco.
 INES. Te aborrezco, te aborrezco!
 Acabaste ya!... Acabaste
 para mí!
 ARIS. Pues yo te adoro
 como antes, y me humillo...
 INES. Ves. (rechazándolo.)
 ARIS. Si no encuentro el anillo
 mañana me marchó al moro.
 INES. Jamás en mi amor confies.
 ARIS. Pues yo, señora de usted
 muy pronto me olvidaré
 en las playas marroquies.
 (toma el sombrero y se va por el foro.)

ESCENA II.

INES.
 Dios mio! Como lo dice
 lo hará ese hombre perverso!...
 Lo hará!—En todo el universo
 no hay muger mas infelice.

—Será la culpa tal vez
 mia? Estaré yo obcecada?
 Le habré hablado incomodada
 con estremada esquivéz?
 Oh! no! Paga mis desvelos
 engañándome cruelmente!
 —Pero si es inocente...
 si es víctima de mis celos...
 —No hay consuelo para mí!
 Si es inocente me muero!
 —Por qué me vendió el platero
 el anillo que te dí!—
 Cómo en trance tal no lloro!...
 Ojos míos, ojos míos,
 verted lágrimas á ríos
 que mi Arístides vá al moro.
 Que Dios vierta sobre mí
 cuantas amarguras haya,
 mas que Arístides no vaya
 al imperio marroquí.

ESCENA III.

INES, DON NICOMEDES.

Nic. Señora... (desde el fondo.)
 INES. Quién es?
 Nic. Un hombre
 honrado; no hay mas que ver
 mi porte, y luego saber
 á lo que vengo...
 INES. Su nombre?
 Nic. Pues un gran bien le reporto,
 nada mi nombre la importe,
 que es honrado el que en la corte
 se porta como me porto.
 INES. Bien...
 Nic. Usted no se conmueve,
 ó acaso, señora, vió
 otro hombre como yo
 en el siglo diez y nueve?
 INES. Muchos.
 Nic. Será necesario
 que mas esplicito sea,
 para que al punto usted vea
 quién soy, aquí está el Diario.
 (sacando del bolsillo un periódico igual al que habia so-
 bre la mesa.)
 Aunque en la indigencia vivo
 teniendo una esposa rica,
 sepa usted que me suscribo
 á cuanto aquí se publica.
 INES. Y bien?...
 Nic. Con los ojos secos,
 pero herida el alma mía,
 esta mañana leía
 la gran cuestion de Marruecos.
 INES. Dios! Y qué?
 Nic. Tanto me apura
 Bonifacia mi muger,
 que solo encuentro placer
 si me entrego á la lectura.
 Yo sé que en breve me entierra
 si á su lado he de seguir,
 y ya que pronto he de morir,
 quiero morir en la guerra.
 INES. Dios mio! Qué es lo que escucho!
 Nic. Tan desesperado estoy,
 que al Riff mañana me voy.
 INES. Tendrá usted valor?

Nic. Oh! Mucho!
 La historia graba los nombres
 de héroes en letras de oro.
 INES. Si todos se van al moro
 qué será España sin hombres?
 Nic. Entonces podrán saber
 ustedes lo que valemos.
 INES. Caballero!
 Nic. Bien; dejemos
 esto á un lado. Mi muger
 ya no me ama. Justas son
 sus quejas. Aunque yo pene,
 lo conozco... mas no tiene
 ni un adarme de razon.
 Yo por desgracia ya sé
 que su génio la disculpa.
 INES. Quién tiene entonces la culpa?
 Nic. Usted, señora.
 INES. Yo!
 Nic. Usté.
 INES. Caballero!
 Nic. Por piedad
 escúcheme con sosiego,
 y podrá comprender luego
 que cuanto digo es verdad.
 Asegurar á usted puedo
 que fué una casualidad
 encontrar á Trinidad
 en la calle de Toledo;
 pero quiso la desgracia
 que sin cesar me atropella,
 que me viese hablar con ella
 mi querida Bonifacia.
 Y para que el tabardillo
 de mi muger no acabase,
 la suerte quiso encontrarse
 para mi mal un anillo.
 INES. Ese anillo es el que á mi (con gozo.)
 marido se le perdió
 ayer tarde?...
 Nic. Y por él, yo
 la tranquilidad perdí.
 Sentiria, no lo niego,
 perderle, pero yo sé
 que desde que lo encontré
 he perdido hasta el sosiego.
 INES. Ah! caballero! Es inmenso
 mi agradecimiento.
 Nic. Soy (sin escucharla.)
 tan desdichado, que pienso
 no acabar el dia de hoy
 con vida.
 INES. Por que?
 Nic. Un cuchillo
 que mutile mi persona,
 es lo que me proporciona
 el hallazgo de su anillo.
 INES. Yo no veo, á la verdad,
 motivo para que acabe
 de ese modo.
 Nic. Usted no sabe.
 de la misa la mitad.—
 Mi muger—«cómo está usted?»
 me dijo. Volvíme, y
 me quedé cuando la ví
 mas blanco que la pared.
 Un hombre que del estanco
 salia, de espanto lleno
 escapó al ver que un moreno

se habia quedado blanco.
 Perdida ya la color,
 casi perdido el sentido,
 la cruel esposa al marido
 insultaba á su sabor.
 Cuando mil satisfacciones
 la dí en medio mi afliccion,
 dijo:—«desde ahora son
 libres nuestros corazones.»—
 Yo aun abrigo la esperanza,
 contesté, que me querrás;
 y añadió:—«de lo que has
 hecho, tomaré venganza.»—
 Pasó la tormenta. Quiso
 ir al teatro; accedí;
 y allí, yo, señora, allí,
 vi... lo que no era preciso.
 No hubiese ido al teatro
 y tan infeliz no fuera!
 —Vi que en la fila tercera,
 butaca número cuatro,
 un pollo insolente habia
 que cuando ella le miraba,
 unas veces suspiraba
 y otras veces sonreia.

INES. A un jóven conozco yo
 que se sienta allí!

NIC. Qué escucho!

INES. Pero ese es muy guapo, mucho!
 Amable, fino...

NIC. No, no.

INES. Usted no le ha conocido
 bastante, segun se vé.

NIC. Le conozco mas que usted.

INES. Si ese hombre es mi marido!

NIC. Su marido!—Si no es chanza
 lo que usted dice, señora,
 soy feliz, porque es ahora
 ocasion de mi venganza.
 Ya que ella tendió su red,
 ya que él por todo atropella,
 quede en buen hora con ella;
 yo... me quedo con usted.

INES. Caballero! (¡Esposo infame,
 yo me vengaré de ti!)

NIC. No sé que será de mi
 el dia que usted me ame.

INES. Eh! Basta ya!

NIC. No, por Dios!
 Ya que la fortuna quiso
 que la viese á usted, es preciso
 que nos vengamos los dos.—
 Anoche, cuando ya el sueño (con misterio.)
 á acariciarme venia,
 oí que la infiel decia:
 «jamás me olvides, mi dueño.
 Muy pronto pondré en tu dedo
 la sortija que me pides;
 mas que te aguardo no olvides
 en la calle de Toledo.»—
 Ya usted vé que la traidora
 me confesó su delito.

INES. Oh! El anillo necesito!

NIC. Voy á dárselo, señora.

INES. Pida usted en cambio...

NIC. Me humilla
 tal ofrecimiento.

INES. Oh, no!

NIC. No hay otro hombre como yo

en la coronada villa.

INES. Cierto.

NIC. Tome usted... **Gran Dios!**
 No le tengo!

INES. Desdichado!

NIC. El anillo me han robado
 sin vergarme de los dos!
 Señora, en las cuatro partes
 del mundo, no existe un ser
 tan infelice!

INES. Nacer
 debió usted tambien en mártres!

NIC. Es muy cierto. Mártres fué
 el dia en que yo nació:
 mártres cuando conocí
 á mi esposa; y me casé
 con ella en mártres. A Dios
 es muy cierto que ofendí,
 porque al pronunciar el sí,
 cayeron dos rayos! Dos!

INES. Lo que ahora importa, es saber
 dónde está el dichoso anillo,
 caballero.

NIC. En el bolsillo
 de mi pérfida muger.

INES. Pues entonces...

NIC. Sin demora
 le traigo aqui.

INES. Pero cómo!

NIC. Si no me lo entrega, el plomo
 decidirá.—A Dios, señora.
 Aunque venga ese Neron
 disimule usted su encono.
 El siglo décimo nono (desde el fondo.)
 es siglo de corrupcion. (vase.)

ESCENA IV.

INES.
 Dios poderoso! Lo que
 pasa parece increíble.
 Ingratos hombres, ingratos,
 cómo fingen! Cómo fingen!
 Estas lágrimas que ahora
 me haces derramar, Arístides,
 el gozo las secará
 cuando á mis plantas te humilles
 avergonzado y corrido
 confesando tus deslices.—
 Pero mi esposo ha podido
 engañarme! No es posible
 que un hombre sepa fingir
 como mi marido finge.
 La sortija la perdió...
 pero él al teatro asiste
 muchas noches, cuando yo
 visito á doña Matilde.
 Además, dice que anoche
 vió á mis primas en el Príncipe.
 Allí habló, no cabe duda,
 con esa muger que vive
 para que mis desventuras
 y mis penas no terminen.
 Pero entonces, el anuncio
 del Diario, de qué sirve?
 Si asi creiste alejar
 mis sospechas, nécio fuiste...
 Aqui está! Disimulemos.

ESCENA V.

ARISTIDES, INES.

ARIS. Dios te guarde, Inés.

INES. á Dios.

ARIS. Pasó la borrasca?
Contesta.

INES. No sé qué dices,

ARIS. Que si estás ya mas tranquila.

INES. Si, muy tranquila. (Ya finge.)

ARIS. Quieres salir?

INES. Necesito
acaso que tú me invites?

Una señora casada

es como los vientos, libre,
y puede ir... al teatro... (con intención.)

pasearse, divertirse,
hacer lo que mas le plazca

sin que su esposo la prive.

ARIS. Quien te oyese, te creeria
que desesperada vives

sin el amor de tu esposo.

INES. Quién sabe! Acaso adivine
mi desgracia quien tal piense.

ARIS. Ahora, Inés mia, no dices
lo que sientes.

INES. Crees tú
que yo finjo como finges?

ARIS. Inés, vamos á paseo
que el tiempo convida; vistete.

INES. (Ya no habla del anillo.)
(haciendo pedazos el periódico que quedó sobre la mesa.)

ARIS. Por qué lo rasgas?

INES. No sirve! (con ironía.)
Nada de interés contiene
ese papel. Qué! Te ries!
(La ira me ahoga!)

ARIS. Inés... Vaya

usted enhoramala... tigre!

ARIS. Estoy decidido; parto
lo mas tarde el dia quince. (como amenazándola.)
Me voy al Riff con mi padre.
(vase puerta izquierda.)

INES. Yo con mi padrino á... Chile.

ESCENA VI.

INES.

Es segura mi desgracia!

Dios mio! Para mi mal

una temible rival

tengo en doña Bonifacia.

Cómo consentir yo puedo

que ocasiones infinitas

mi esposo acuda á las citas

de la calle de Toledo!

ESCENA VII.

INES, DON NICOMEDES.

Nic. Chiss... Señora... no he podido
venir antes. Con permiso
de usted me siento.

INES. Es preciso
que se vaya. Mi marido
está ahí.

Nic. Y eso que tiene

que ver!... Me asiste el derecho...

INES. Mi marido está en acecho

Nic. Mejor.

INES. Mi marido viene.

Nic. Pero señora, por Dios;
conviene mucho que hablemos
á solas.

INES. Pues bien, entremos.

Nic. La venganza de los dos
está cercana.

INES. Me alegro. (vanse por la derecha.)

ESCENA VIII.

ARISTIDES.

Lo he resuelto. Al Riff. Es cosa

hecha; si quiere mi esposa

que se vaya con el suegro.

Pasó la luna de miel

que tanto alhaga; no queda

nada que evitarnos pueda

una lucha tan cruel.

ESCENA IX.

ARISTIDES, BONIFACIA.

Bon. Caballero...

ARIS. Señorita...

Bon. Señora soy, por desgracia
mia.

ARIS. Es usted...

Bon. Bonifacia.

No estrañe usted mi visita.

Yo tengo un marido... Ya.

ARIS. Ya.

Bon. Que es mi azote, caballero;

un marido... que... no quiero

decir quién es.

ARIS. Bien está.

Bon. Yo soy honrada...

ARIS. Lo creo.

Bon. Y aunque á la burla me espongo,

no me arredro.

ARIS. Lo supongo.

Bon. Pues soy muger...

ARIS. Ya lo veo.

Bon. Que obra bien siempre. Ademas,

si otro fuera mi marido,

jamás hubiese venido

en busca de usted, jamás!

Muchos tendieron sus redes

al contemplar, mi hermosura,

mas para mi desventura

di mi mano á Nicomedes.

El peso de la desgracia

muy resignada he sufrido,

pues Nicomedes ha sido

azote de Bonifacia.

Usted es libre? (suspirando.)

ARIS. Independiente.

Bon. Dichoso usted, y dichoso

el sér que tendrá un esposo

tan amable, tan prudente.

ARIS. Gracias mil.

Bon. En muchas partes

se goza dicha sin tasa,

pero en casa... Si se casa

usted, no se case en martes.

- ARIS.** Si, eh?
- BON.** Ni se acerque usted á las mujeres en dia tan aciago.
- ARIS.** No sabia....
- BON.** En martes me enamoré.
- ARIS.** En martes! (Es martes hoy y he de seguir tu consejo.) (*retirando la silla.*)
- BON.** Qué hace usted?
- ARIS.** Nada, me alejo....
- BON.** Me voy al Riff.
- ARIS.** Con los moros?
- BON.** Si señora.
- ARIS.** Jesus! Qué horror! Van á matarle!
- BON.** Mejor.
- ARIS.** Nicomedes se vá allí tambien; me deja el tunante; mas yo por eso no lloro, porque para ser el moro solo le falta el turbante. No sabia esta mujer, cuando fué á darle su mano, que era indigno de un cristiano su modo de proceder. Rápida pasó la luna de miel. Pronto Bonifacia vió cercana la desgracia y distante la fortuna. La vida el cruel le quita.
- ARIS.** Puedo el objeto saber, señora, de su visita?
- BON.** Dispense usted que me entregue al dolor que me devora....
- ARIS.** Al grano, al grano, señora...
- BON.** Deje usted que me sosiegue. Vil Nicomedes, me partes el corazon!
- ARIS.** Hable usted, que ya escucho.
- BON.** Acérquese... un poco mas...
- ARIS.** No, es martes... y evito el peligro.
- BON.** Mucho, mucho me ofende.
- ARIS.** No doy un paso mas, y me voy sino...
- BON.** Escuche usted.
- ARIS.** Ya escucho.
- BON.** Como estar nunca yo puedo sola entre cuatro paredes, sali ayer, y á Nicomedes vi en la calle de Toledo hablando con mi criada. Paso... toso... no hacen caso. Un callo á él le piso; paso otra vez, y mil, y nada. Estaba él tan distraído; tan ciega estaba su bella, que ni á su ama vió ella ni á su esposa vió el marido. Yo, que tenia muy fija la atencion en ellos, vi que el cruel suspiraba, y la enseñaba una sortija.
- ARIS.** Será cierto?
- BON.** Atienda usted; salgo al punto del estanco donde me escondí, y le arranco la joya.
- ARIS.** Entonces...
- BON.** La sed de venganza ahogó mi voz.
- ARIS.** Pues qué hizo!
- BON.** Decirle puedo que en la calle de Toledo di un espectáculo atroz. Y aun no hubiese terminado felizmente la disputa, si no me hubiese un recluta al punto tranquilizado. Le dí al hijo de Marte mil gracias; me volvi á mi casa, y allí encontré á Nicolasa.
- ARIS.** Quién es?
- BON.** La fámula vil que horas antes mi reposo robaba sin compasion, dándole conversacion al infame de mi esposo. Que era inocente juró en nombre de su difunto marido; la creí al punto... Yo no sé si me engañó! Nicomedes al instante vino á calmar mi agonía, asegurando que habia encontrado aquel brillante. Para no ser infelices, le dije yo, es necesario que un anuncio en el Diario corrobore lo que dices.
- ARIS.** Ah! Mi anillo se encontró! Gracias. Con esta visita, señora, tal vez evita que me vaya al moro.
- BON.** No haga usted tal disparate. Qué será entonces de mi! Padeceré mucho, y... quizás el dolor me mate!
- ARIS.** (Qué es lo que dice, gran Dios!)
- BON.** Nadie en el mundo me apoya....
- ARIS.** Pero mi joya...
- BON.** Su joya... es el lazo de los dos. Yo ya no vuelvo á mi casa, pues tal vez tendió sus redes al pérfido Nicomedes la cándida Nicolasa.
- ARIS.** Devuélvame usted el sosiego... digo, el anillo.
- BON.** A eso vengo. Tómelo usted!—No lo tengo! Me lo han robado!
- ARIS.** Reniego! Es mi desventura fija!
- BON.** Grandes mis desdichas son!
- ARIS.** Tome usted mi corazon pero deme la sortija.
- BON.** Siento con dolor profundo no poderle complacer, cuando diera esta mujer todas las joyas del mundo...
- ARIS.** Duélase de la desgracia

que me persigue... Yo quiero mi sortija.

BON. Caballero...

ESCENA X.

Dichos, INES y DON NICOMEDES.

INES. Aristides!

NIC. Bonifacia!

ARIS. y BON. Jesus!

INES. (con ironia.) Prosigan ustedes.

NIC. Si, prosigan en buen hora.

INES. El pérfido!

NIC. La traidora!

ARIS. Cruel Inés!

BON. Cruel Nicomedes!

INES. Me dirá usted á qué ha venido? (á Bonifacia.)

BON. La pregunta es enojosa.

INES. Yo del señor soy esposa. (señalando á Aristides.)

BON. El señor es mi marido. (idem á Nicomedes.)

Ya que es usted tan cruel (á Nicomedes.) que mi sosiego atropella, quede en buen hora con ella.

INES. Como fingen ella y él! (á Nicomedes.)

ARIS. Inés, calla!...

INES. La razon

me asiste.

NIC. También á mi.

BON. Como!

ARIS. Salgamos de aqui! (á Nicomedes.)

Exijo una esplicacion de su conducta.

INES. Por Dios!

No se vayan á perder!

ARIS. Hoy su sangre ha de correr!

NIC. La de usted!

ARIS. La de los dos!

BON. (Que dice!)

INES. Clemencia imploro!

ARIS. Téngame Dios de su mano.

NIC. (Hoy mataré á este cristiano,

y mañana escapó al moro.)

Vamos al Africa! Digo,

á batirnos.

INES. Son ustedes

muy bárbaros.

BON. Nicomedes,

no te asustes, voy contigo.

INES. Yo tambien.

ARIS. Presenciar quiero

mi muerte!

INES. Vé mi sufrir!

ARIS. Donde yo voy á morir

no pueden ir las mujeres.

BON. Al infierno van tal vez (á Inés.)

INES. Cuan ingratos son ustedes!

BON. Ay!

ARIS. A Fez, don Nicomedes!

NIC. Don Aristides, á Fez!

(se dirigen á la puerta del fondo: Inés y Bonifacia caen desmayadas en un sillón.)

BON. Yo espiro...

INES. Yo muero...

BON. Amor

mio!... Adios!...

NIC. (volviendo al proscenio.) Cielos divinos

se han desmayado? Vecinos,

un doctor, pronto, un doctor.

ARIS. Calle usted!

NIC. Esa ventana está cerrada: abriré.

ARIS. No quiero.

NIC. Pero, por qué?

ARIS. Porque no me dá la gana!

Porque mi esposa tal vez

ha muerto.

NIC. Quiá! No por cierto.

Ya vuelven en sí.

ARIS. No han muerto

todavía? Pues á Fez.

NIC. Es esa una pretension

muy necia, cuando me aflijo

por ellas.

ARIS. Pues bien; exijo

al punto una esplicacion

de su conducta.

NIC. Qué quiere

usted que le explique ahora,

cuando mi pobre señora

sin ningun remedio muere?

ARIS. Quiero saber al instante

por qué en esta casa ha entrado!

NIC. Soy un hombre tan honrado,

que ayer encontré un brillante...

ARIS. Un brillante!

NIC. Si! Su brillo

no me cegó, no, al contrario;

vi el anuncio en el Diario

y á devolver el anillo

á su dueño vine yo...

ARIS. Será cierto lo que escucho!

NIC. Pero mi pesar es mucho

porque no le tengo.

ARIS. No?

Deme usted mi anillo al punto

y le daré lo que vale;

démelo usted, sino, sale

de esta habitacion difunto.

NIC. (Pues señor, aqui fué Troya!)

ARIS. Mi joya, ó vá á haber aqui...

NIC. Hombre, tómeme usted á mi

que tambien soy una joya.

ARIS. Venga el anillo, ó creeré

que usted á mi casa viene

con malos fines. Si tiene

apego á la vida, me

dará sin mas dilacion

lo que pido.

NIC. Apuradillo

es el caso. Señor don

Aristides, el anillo

no lo tengo.

ARIS. Será cierto!

NIC. Si señor; sábelo Dios.

ARIS. Bien; pues uno de los dos

ha de morir!...

BON. (volviendo en sí.) Quién ha muerto!

Ah! Esa mujer! (viendo á Inés desmayada.)

Nicomedes,

es un sueño! Caballero, (á Aristides.)

quien se muere?

ARIS. Yo me muero

porque me matan ustedes.

BON. Oh!

ARIS. Dígame á qué ha venido,

ó de lo contrario haré...

BON. Pues qué! No lo sabe usted?

A buscar á mi marido.

A ese vil que me engañó;
á ese seductor infame,
indigno de que le ame
una mujer como yo.

ARIS. Pero él á qué vino aquí!
Usted lo debe saber.

BON. (Sospecho que esa mujer
le vuelve loco.) (á *Aristides.*)

ARIS. Ay de mi!

NIC. Esa mortal palidez
me asusta. (contemplando á *Inés.*)

ARIS. La ira me abrasa.
Infeliz del que se casa!

BON. (Será su esposa tal vez
esa muger que el sosiego
me ha robado?) (á *Aristides.*)

ARIS. Si, señora.

BON. Todo lo comprendo ahora!

INÉS. Ay, *Aristides!* (volviendo en sí.)

ARIS. Reniego
de mi mismo.

NIC. Son ustedes
muy ingratas. (á *Inés.*)

ARIS. Qué me pasa!

BON. Si abandonas esta casa,
te perdono, *Nicomedes.*

NIC. Vamos, pues.

ARIS. No, por quien soy.

NIC. Pues mire usted que es desgracia....

INÉS. Quédate con *Bonifacia;* (*Aristides.*)
yo con el señor me voy;
y su llanto al mio unido,
nuestra vida hará penosa
la ingratitud de una esposa,
la crueldad de un marido.

ARIS. Yo tengo los ojos secos
de llorar por ti, traidora.

INÉS. Vamos. (á *Nicomedes.*)

NIC. A dónde, señora?

INÉS. A Marruecos.

BON. A Marruecos?

NIC. Qué horror!

BON. Consentir no puedo
que mi marido....

ARIS. Está bien:
que vayan.... Los dos tambien
iremos....

BON. No; yo me quedo.

INÉS. Tú con doña *Bonifacia* (á *Aristides.*)
contento puedes quedar...
Yo sabré sobrellevar
el peso de la desgracia.

ARIS. Yo tambien. Pero antes de
que partan, saber quiero
quien es usted. (á *Nicomedes.*)

NIC. Un caballero
tan honrado como usted.

ARIS. Lo dudo. Su turbacion
á sospechar me ha obligado....

NIC. Mire usted que soy honrado:
que me insulta sin razon.

ARIS. Le insulto, porque deseo
beber su sangre!... Y quisiera!...

ESCENA XI.

Dichos, y *Rosa.**Rosa.* Hé encontrado en la escalera

esta sortija.

ARIS. Qué veo!

NIC. Caballerito, usted vé? (á *Aristides.*)

INÉS. Es la misma que te di. (con gozo á *Aristides.*)

ARIS. El anillo que perdi!

NIC. El anillo que encontré!

ARIS. El placer del corazon
ahora en mi rostro asoma.

INÉS. Ay! (respirando con alegría.)

ARIS. Muger modelo, toma;
te doy.... un napoleon.

Rosa. Gracias, gracias.

ARIS. De manera
que usted la joya encontró! (á *Nicomedes.*)

NIC. Mi esposa me la quitó
y la perdió en la escalera.

ARIS. Todo lo comprendo ahora....
que me perdonen espero
mi esposa, este caballero,
y tambien esta señora.

NIC. (Ya he salido del apuro.)

INÉS. Ahora quiero saber yo
si amas á otra. (á *Aristides.*)

ARIS. No, no!

INÉS. Me lo juras?

ARIS. Te lo juro:

INÉS. (tomando las manos de don *Nicomedes* y doña *Bonifacia.*)
Para siempre huye el reposo
y la vida es enojosa,
si tiene celos la esposa
ó su marido es celoso.

BON. Si. (todos se acercan á *Inés* y le hablan alguna palabra al oido.)

INÉS. Esperan con interés (al público.)
una palmada de ustedes,
Bonifacia, *Nicomedes*,
Rosa, *Aristides* é *Inés.*

FIN.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 28 de diciembre de 1859.—El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

MADRID, 1860.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Plazuela de la Cebada, núm. 66.